

INCOMUNICACIONES

RODRIGO ARROYO CASTRO

CONTRADICCIONES

¿Dónde está la vida que hemos perdido viviendo?

RUBÉN JACOB

ARDE UN barco encallado en la arena,
sale humo
y adentro, siempre adentro,
el video sigue reproduciéndose a espaldas de todas las siluetas.
De este modo la soledad nos deja ver que todo se ha quebrado,
que las olas amenazan con destruir
nuestras formas de representar la realidad,
como si así nos definiéramos
como si así nuestro lenguaje fuera algo más de lo que es:
una ciudad en la cual se dividen las tristezas y los cuerpos.

En otoño una ventana toma la forma de un testigo
y las fotografías te recuerdan lo que no alcanzaste a capturar
el golpe de una orilla

afuera, pasa un perro llevándose la última sombra del
lugar. Es ahora que todo adquiere sentido para ti, porque te das cuenta
que no es lo mismo contar los adoquines de las calles que ya no están,
aunque igual te estremeces ante la idea; ante un acercamiento tal que
la cámara no es sino un labio besando una pantalla llena de polvo. Un
cuadro parecido al vidrio, que exhibe la imagen interna de un tronco
astillado.

Besas una pantalla como si fuese una experiencia,
una ausencia.

Miras la muerte como un cerco de árboles ocultos tras un par de hojas,

porque intuyes que tantas ramas secas
tantos abedules
no pueden ser representados en un solo cuadro
sin un dejo de violencia,
el paisaje es tal vez una pintura cuya imagen tiene la forma de la ruina.

Desearía no haber presenciado el ensombrecimiento de una pantalla,
dices, como dejando al viento en espera de ser parte de un video;
extraviando las imágenes de un camino hecho de adoquines.

Al final, nada hubo;
un dedo deslizándose sobre alguna veladura
el dominio de la tierra trazado en un papel
el aislamiento de una escritura nacida en lo real
la silueta de un espino,

el recuerdo de una desaparición.

HAY TANTO y tan poco por decir cuando pasas el dedo por una pintura,
que poco a poco olvido los gestos de una voz
que amenaza con caer.

Los ojos se pierden,
ocasionan un silencio

y no hay mirada.

Es seguro que ocurra lo de siempre,
la pintura secándose de afuera hacia adentro
imposibilidad en la reproducción
ausencia de pájaros en el bosque
finales rodeados de aceite,
sequía. Lo de siempre, no lo sé.

El ruido de un caballo tirando una carreta aparece en el video
y lo escuchamos para completar el ejercicio,
para darle sentido a las imágenes:

entregar un regalo como quien entrega su melancolía;
o estar tan lejos que volver a casa sea quedarse callado,
buscando un lugar que no aparece sino en la búsqueda.

Cuando pasas el dedo por una pintura te sientes desplazada
a través del espacio de una película
te sientes llena de lenguaje quizá.

Vés,
somos ficción,
pétalos cayendo en forma circular;
dialéctica de las imágenes te gustaría decir, movimiento de pinos,
no lo sé
palabras siempre en función de la caída.

RUIDO DE piedras en la página,
o una figura tan real que no sea necesario nombrarla.

Eriales, agua secándose a la sombra.

Después de ver maderas húmedas hinchándose,
la lluvia no podrá seguir siendo interpretada como una metáfora,
representada a través de una pintura,
o como ruido de agua cayendo nada más,
pese a las marcas
 al extravío,
 a la humedad.

¿Cuántas palabras en silencio forman un otoño?

SI LAS FOTOGRAFÍAS exhibieran solo el deseo que las origina
el inicio de las palabras no tendría cuerpo

hay quienes seguirían moviéndose
en el tiempo que tarda la captura de una imagen
acallando el canto ronco y desgarrado de las épocas
que caen como hojas, modelando su despedida en el bajar.

¿Por qué nunca supimos del mar adentrándose en el páramo,
o la soledad de cardos moviéndose en el viento?

Un lugar guarda una pelea en los límites que lo contienen.
Asimismo, una palabra puede cavar tan hondo un agujero
cubriendo de cal la superficie,

ocultando su profundidad.

LOS CAÍDOS se asemejan a un ciprés
los cadáveres,
no son sino agua salada deslizándose entre las ruinas.
Olas, formas que el viento dibuja sobre el agua,
antes de hacerlas desaparecer

¿Qué será lo que una ciudad mantiene
como signos de la muerte pendiendo en un museo?

NO HAY PINTURA que nos recuerde la ceniza
o la ausencia de pájaros cantando,
aun cuando su canto sea un montón de signos olvidados.
No hay video ni fotografía que nos diga
de una caja de madera.

La inutilidad de la pintura es ahora su propio mausoleo
su distancia con un muro
imposible de representar si no se entiende una alambrada,
la razón de su existencia
o una mano entre las púas.

LOS MECANISMOS que permiten nuestra cercanía
se ocultan en la exhibición

ironía de las señas

a través de la melancolía escapamos del óxido
de los gestos,

de la voz de un trueno sin relámpagos,
ronquido subterráneo moviéndose en el aire.

Una silueta en cambio es la metáfora de un poema, lo sabes
el momento en que la escritura es posible como un modo de estar lejos
guardando los secretos que las pinturas no saben ocultar.

Sin herida cortopunzante el cuchillo es un angosto lugar de reflejos;
imágenes cortando el aire, incendios que aún no inician su humareda.
Brazos señalando la ausencia de respiros de los muertos.

Si al menos supiéramos de la huella que la mano deja en la escritura,
sabríamos que toda representación reprime un duelo ausente

si al menos supiéramos reconocer las ruinas de un incendio.

¿LO VES?

se forma un agujero luego de oír lo que sale de la boca, como si una palabra olvidase la bahía en que se pierde. Como en la pintura, el problema es la luz que no deja ver el cuerpo ausente, el cuerpo muerto. Imaginas entonces un zorzal bajando la cabeza, cada vez más cerca del concreto, como si buscara mimetizarse en él, y así, a escondidas, extender su silbido sobre el mapa; pero no.

O acaso pensabas que era cosa de quemar un río para eliminar las distancias,
las orillas.

¿Cómo desaparece una imagen imposible?

DESAPARECER ES saber que todo ha cambiado,
que no es suficiente un invierno
para describir las lluvias que inundan la transparencia de un vidrio trizado;
míralo, sigue la línea que exhibe su fragilidad.
Un video oculta lo trizado, la barbarie,
en una suma de imágenes que se nos van.

Mira un vidrio roto hasta que sea yo mismo golpeándolo,
esperando una respuesta que la sangre del puño no puede conseguir.

Nos iremos cerrando los ojos para evitar los gestos y guardarnos
solo en las palabras,
que son lo único real, lo único ficticio.

EN EL OCASO la experiencia es un punto que no acaba sino al inicio,
un balbuceo en la sombra del tejado
que en las ventanas es reflejo y no sombra.

De un momento a otro algo cede y no queda sino imagen,
una forma invisible
un espejismo.

Una tenue luz de lámpara ilumina el latido
que exhibe esta escritura.

Tal vez no.

Tendremos que deambular entonces en un paseo que no acaba,
despidiéndonos.

Y tal vez el hecho de empujar el lápiz sobre un papel,
cegado por el indicio de una línea, sea completar a solas
un recorrido imaginario.

PIENSAS EN un recuerdo
como el modo en que nombras todo aquello que no está:

calcular las vueltas que da una moneda al irse río abajo
o ir a la deriva
en busca de los muertos que te han arrebatado.

Una moneda girando no exhibe su valor
aunque lo adivinemos por su forma,
su tamaño,
por la pequeña ondulación que le otorga al río.

Intentarás seguirla, pero bajo el agua están los cimientos de viejos árboles
que nos impiden el paso;
piedras lisas y objetos arrojados en momentos de tristeza:
cucharas, papeles,

caleidoscopios.

SE CRAQUELA el aire, *ves* el aire craquelándose. Lo ves de tan cerca como a los cardúmenes queriendo decir algo a través del movimiento que describen bajo el agua, formas simétricas moviéndose en oposición al viento. Paisajes, dirías, pero no. Grietas tan profundas que una vez vistas olvidarás el espectáculo de la pérdida del cuerpo, un sistema de espejos, la representación del pasado, o recuerdos perdiéndose por ahí.

AHÍ, SIN AFUERA y sin adentro, moviéndonos junto a una veleta, escapándonos de los límites de la representación. Porque en el fondo sabemos que afuera, o tal vez adentro, un video se repite tantas veces, que diluye la idea de huir y regresar; sabemos que un perro se cubre con la sombra que el ave metálica de una veleta proyecta sobre su lomo. Gira el ave, como si el viento de este lugar estuviese coordinado con un video que no cesa de ocurrir, que no puede sostenerse sin violencia.

SIN HOJAS amarillas en las manos vemos que las olas se detienen, y el viento nos enseña la podredumbre de los muertos, recordamos entonces tantas olas que perdemos el sentido de lo que ellas significan, como una misma pintura tan distinta en todos los museos.

MÁS ALLÁ DE la imagen que proyecte, un video es siempre el movimiento de una imagen plana, bidimensional, ajena a la lluvia sobre el robledal, más allá de la ventana. Pensarás entonces en el significado de las rayas en los vidrios, en qué piedras los han atravesado, en qué tiempo. Cómo es caminar sobre una transparencia rasmillada. Qué signo queda oculto en las líneas de los vidrios, cuál es su profundidad. Por qué la música es como un ahogo que no deja de repetirse, a partir de los silencios que olvidamos al oír la lluvia; cuando te quedas esperando a que alguien te pregunte si estás dentro o fuera de las cosas.

¿QUÉ PALABRAS quedarán, finalmente,
cuando la ciudad no sea sino la tumba externa de una idea
y el objeto perdido sea un lobo, un coyote
examinando el fieltro de una sala,
un cuerpo envuelto y convertido en mercancía?

EN MOMENTOS así el arte no es más que la imagen de una mano muerta
midiendo el grosor de troncos que aparentan madera negra
cuando en realidad están podridos,
ocultos en los subsuelos perdidos de una hoja de papel,
en un tiempo y un lugar difuso
en medio de las ruinas.

Una mano que no está no es lo mismo que una mano muerta,
la diferencia radica en la sombra de un viento
que logra hacerse visible en ella,
en la tozudez de una rama que no sabe del origen pútrido
de su tronco, su raíz,
aun así,
coges una hoja que guardas antes de leer.
La abres luego disfrutando cada pliegue:

dice subversión,
y contiene la serigrafía de una bomba.

Es papel roneo, es jueves, y no para de llover;

¿qué estallido se consigue ignorando los panfletos?

TAL VEZ se clausuran las imágenes desde que medimos su sentido;

describe un grabado,
cuéntame cómo se pudre una palabra en los círculos
de acero carcomido que se van ennegreciendo. O dime
cómo el borde de los cerros guarda el frío del lenguaje,
soltándolo lentamente una vez que la luz dibuja un valle
silenciado por la niebla.

Cuando duermes la pintura comienza a secarse de adentro
hacia afuera, los árboles dejan de perder sombra, y
olvidamos que hay tanto por decir cuando pasas el dedo
por una pintura,

que intenta suplantar la voz del río.

POR LAS NOCHES piensas en el día en que el arte se alejará de sí
y será el registro público de una anomalía
movimiento de gaviotas quemándose como sombras en el fuego
o revés de un rostro que asoma su esperanza más allá de los barrotes
manteniéndose como una medusa encerrada entre cristales rotos,
realidad del espectáculo que nos estremece
y nos hace aparecer
como el sueño de niños perdidos
que se han abandonado fuera del lenguaje
incluso fuera de los límites de una cerca de madera

allí *-me dices-*,
se agita la violencia
nuestro exilio se hace radical
allí, el viento eriza las ideas

un lugar
un mundo que yace socavado hacia sus adentros
uniendo toda pelea con los gestos necesarios:
el placer de herir,

o la desolación de caer uno mismo como caen los demás,
la asfixia de escribir desde el encierro.

DESPUÉS DEL lenguaje vienen las catástrofes
como si ellas fuesen en sí mismas el origen del sonido
el tejido de la voz,
o un grito de cristal encerrado en un muro de madera.

Después del lenguaje una pintura
no es más que un objeto en posición horizontal
un cuerpo que permanece ahí, palpándonos la mirada
mientras la lluvia dibuja un río vertical al caer por la ventana.

Nuestro laberinto es el espesor del lenguaje hecho herida,
un espejo que ha de cerrar los ojos para ver la imagen de sí mismo
depositándose palabras, como cerrando las salidas,
como diciendo que nunca se ha de volver
para decir que en verdad nunca nos fuimos.

El poema dice a contrapelo de su lugar, créeme;
el arte es para nosotros algo pasado,
o el pasado es para nosotros arte en cierto modo,
todo aquello que deseamos registrar como fuera de lugar;
así, un grabado puede reproducirse tantas veces
que la imagen se apropia de las líneas que los ojos dibujan cuando miran,
luego de las catástrofes,

la ciudad.

RUINAS

Nunca seremos capaces de contestar nunca

ENNIO MOLTEDO

EL MENSAJE que un tren deja es visible
en las huellas que exhiben los durmientes,
se percibe acercando la cabeza
a las líneas de acero que dividen la ciudad.

Busco la forma de conversar, no con los muertos
sino con los cadáveres
Decirles que bajo la lluvia, el pensamiento cae en un sueño
en el cual los planos se superponen entre sí,
adulterando las imágenes,
rompiendo toda proporción, toda perspectiva.

Busco la forma de decirles que en cierto modo estamos juntos,
que no podríamos sostener siquiera el revés de una palabra.
Que volver sobre las huellas ajenas del camino es iniciar el viaje
midiendo la distancia según las aspas de un molino.

En el fondo, intento preguntarles si ellos fueron los nacidos
en la pelea que aún nos tiene
en un bosque que ha de ser un laberinto.

LAS CALLES vacías de esta ciudad ocultan
una historia centelleando en el mutismo;
como queriendo decir algo a través de las palabras
que transitan en la mudez de un muro ennegrecido.
Bastará entonces una vela para iluminar
el trazado que compone nuestra incertidumbre;
umbral de historias y silencio.

Imagínate un camino
amaneceres forjados como una contraseña,
una brisa
o una voz que va y viene
tras el lenguaje arrojado por la luz
de una huella que nos habla del exilio,

o del viento que mece las ramas más finas de los árboles.

¿CÓMO DEFINES la desesperación?

¿Cómo habita el revés de la voz entre tanta escarcha?

¿Es la esquina del lenguaje una guarida?

Escoge una respuesta, me dijeron.

Como si decir movimiento fuese pensar

en todas las imágenes que guardas.

como si la escritura ausente nos librase de la cercanía del cuerpo
de noches escritas en la pared oculta de la página.

Mira cada objeto, cada cosa, *mírales*, observa tantas veces una
cama hasta que estés sobre ella deseando despertar. Mírate
en la fotografía de un fresno, para presenciar la distancia
entre la imagen y una palabra que aún no sale de la boca.

Se mueve el fondo y no hablamos de un barrido, es un
agujero en el muro; tan estrecho que no podrá salir nada
más que una palabra dibujada en un papel. La perderemos
cuando baje y busque sus raíces,

mientras

el blanco de la hoja se hace negro al caer. Y lloras o lloro, no lo sé.
Despierto o despiertas y soy o eres una mano empujando un lápiz sobre
el papel. Subiendo una canción tan alto que llegaremos a la primera
última rama de un árbol que se esconde tras sus hojas.

A lo lejos se oye la trizadura de una rama.

REPETICIONES:

algo así como que todo círculo remitiese a una moneda,
vas en busca de una historia perdida en su propia ficción.

Olvidala. Repetir juegos de palabras es creer en falsos laberintos
que nos encierran para luego desaparecer.

Y nosotros dentro,
disolviéndonos.

Reclusión, dirías:
sospechas de una muerte que no llega.

Las monedas permiten ver su valor al poner un papel sobre ellas y pasar
un lápiz tantas veces que se haga roma la punta del grafito; que la mano
caiga como peso muerto fuera de aquí, lejos, más allá de todo ojo que
no mira lo que apunta.

Aún no sabemos qué es aquello de no venir,
de quedarse frente a un fuego que no deja sombras.

Apenas comenzamos a correr cuando el espectáculo nos envuelve:
golpes sobre una mesa,

vejez,

melancolía,

palitroques de madera,

No viene ni ha llegado el silencio;

¿qué tan lejos crees que llegue la ceguera?

SI DIJERA que un callejón no acaba en el muro que lo cierra,
pensarías en la clase de voz que puede rebotar en él,
y la excepción del grito sería un eco nada más
repitiéndose como murmullo inextinguible.

Barroco, cómo no. Monedas,
tanto ruido nos parece una palabra oculta dentro de otra.
Se inicia una breve melodía,
que aunque no suene,
acompaña a las palabras que no sabes describir.

Invisible, corres río abajo.

Y en la oscuridad preguntas:
lo que un soneto oculta en la música que exhibe
para ver que debes asumir la pérdida en vez de lamentarte
en vez de escribir:

río cayendo a la noche.

CUATRO TONOS de grises representan
el dolor de un incendio
momento en que el viento quiebra las vocales y señala la mudez.

Suma y suma de melancolías
al huir de un nombre que no puede ser palpado.

Toda metáfora sabe de su fugacidad,
de un pasado vivo en pequeños gestos para los cuales
guardamos una voz que teme ser expuesta.

Nada mejor que no ser oído, créeme.

Nada mejor que cobijarse en el ruido de una vieja puerta,
de metales girando con el viento.

Cuatro tonos de grises aparecen en la página
y para ello,
para contemplar el paso del tiempo:

temblores.

Páginas plisadas tantas veces.

La aparición de la tristeza desplegada por la ausencia de sonidos.

Una palabra es un poema,
un cuerpo que no tiene cuerpo. Y solo debes creer en él, en ella, en los
objetos que alcanzan cierta libertad una vez que estalla algo en ellos.
Como si tuviesen un mecanismo que no puede mantenerse estable una
vez que lo miras.

El espesor del aire dice a contrapelo que va una palabra perdida
esperando su estallido
esperando desaparecer.

Define la pérdida guardando la luz que todo estallido trae consigo.
Luces representadas por cuatro tonos de grises.
Intenta describir la opacidad de las piedras,
recuerdos de una página que no leímos.

SE VE y no a través de los recuerdos que no supimos hacer signo
y permanecen relampagueando en las palabras.
Podríamos quedarnos allí, *decías*,
recordándolos, anticipándonos.

Todo cambió tanto que no reconocimos los otoños acumulados en las
hojas. No podemos reducir todo a restos, no podemos mirarlos y ser
testigos de su condición inanimada como parte de una exhibición.

Nos vemos y no a través de los recuerdos *-dices-*
o me ves a través de la figura que el troquel deja en la página, porque
en el fondo te gustaría pensar que hay cierto significado en la ausencia,
en la trama de varillas de un espino.

Tal vez debiésemos dejar que todo transcurra lentamente,
como si fuese una película;
así, los cambios serían parte de un relato
y podrías decir todo sin decirlo, sin límites.
Darle cabida a la ilusión de hablarle a un otro
de escarbar en viejos diarios las imágenes que habrían de salvarnos;
y darnos cuenta en ello que podríamos haber hecho algo más
que pensar en islas,

en archipiélagos.

UNA MONEDA de cambio es ir de un adentro a un afuera
simular signos eriazos u objetos sin contorno
pegados al fondo de la pintura, de la tela
como ciudad creciendo frente al río.

Me preguntas por un naufragio cercano como si fuese un refugio;
olvidando por qué ha de venir
o por qué la tierra que rodea la escritura nada dice del frío de los cuerpos.

Imagino que dirás un día:

una ola esconde en su movimiento los materiales de su condición.

GIROS,
y ceniza,
otra vez ceniza, y un cuerpo cayendo.
Tantas veces es caída una palabra,
que una contraseña es cubrirnos de dolor,

 algo así como estar fuera de lugar,
 suspendido
observado por una mirada con millones de signos incrustados,
tal como las tachaduras que hacemos en la página.

A LO LEJOS se queman un par de casas, a media tarde. Toda parte física de una palabra puede sufrir daños, modificando la noción misma de aquello que arderá. Sigues mirando hasta que lo que arde es el borde de los ojos que reflejan las llamas, o un color rojo nada más.

EN LA CENIZA yace oculto el recuerdo de la pólvora
de colores cálidos encerrados en líneas que simulan explosiones

o un incendio iluminándonos la noche.

LAS MANOS que no escriben, son como un cajón de contraseñas
gastándose en sus propios laberintos.

Si enumerasen ellas un paisaje, las nubes bajas serían
una suma de números dispares.

Y si dejarse ir fuera la contraseña,
¿dónde iríamos?

LA FOTOGRAFÍA de un fusil perdido en la memoria,
es quizá el signo de un otoño por venir.

Un conjunto de líneas verticales amenazan con caer
con imitar la forma de los árboles
o el ruido que hacen los lápices al agotárseles la tinta, el grafito.

Decir poema es quizá una paulatina desaparición de las palabras,
un ocultamiento de la pólvora
y las luces de neón que reposan en el pliegue de los labios
notar cierto ritmo en el movimiento de las ramas,
y pensarlo como el habla de los árboles
su sonido,
o la voz del viento reproduciendo el discurso de los bosques.

La representación de ellos,
o una ilustración a cuatro colores
de un espacio desaparecido.

OLVIDA EL espejo y busca una página biselada,
en ella, las páas serán líneas de fresno envejecido
y el reflejo, una mirada nada más,
cuatro ojos en un mismo eje, como entre paréntesis.

Escribir es mirarnos a los ojos
abandonarnos en el cuarto de un coleccionista,
allí, cada instante podría ser pura desaparición,
una despedida, un pliegue de la percepción
vetas oscuras en maderos claros,
ojos propagando el fuego de metales desaparecidos.

¿En qué lugar yace la mudez?

Un parpadeo de palabras,
más allá del silencio y las cenizas,
conforman nuestra orilla:
o un espejo en la escritura
la memoria de un respiro
una cicatriz, o una vieja quemadura.

¿Quién sabrá reconocer la tardía muerte de un recuerdo?
borrando los sonidos que puedan separarlo de las huellas.
Piensas entonces en qué es lo que hay que separar,
si las líneas que pueden dividir las orillas en un mapa
o una escritura que se exhibe a través de la figura de un testigo.
Una mirada es estar parado frente al mar,

viéndolo como una superficie plana nada más,
buscándole espinas a las olas,
hablando por última vez para señalar a nuestros enemigos.

Bastaría un reflejo para sentirte atravesada por el tiempo,
dirás que no, que buscas otra cosa,
pero pierdes la noción de espejo y ves el cuerpo de las cosas,
ves entonces que todo es un incendio por venir;
ceniza cubriendo el campo, agua mojándote los pies,

rodeando un cuerpo que no ha dejado de ser orilla.

PELEAS RETROCEDIENDO porque es la forma que tienes para decir casa para descifrar en los caídos la conmovedora fuerza de una herida o reconocer que nacimos en lo discontinuo.

Buscas la posibilidad para acercarte a una escritura imposible señalada desde la derrota, lo sé.

Ve tras ella *-dirías-* pelea retrocediendo.

Te imagino así entonces,
oculta, hablándome entre las hojas marchitas de un canelo,
con la mirada perdida recordando las palabras que se fueron
imaginando a quienes crecían al borde de los árboles
templando el puño en la corteza
o buscando la voz que alguna vez nombró
el sonido de un almendro a la intemperie.

Recuerdo cuando me dijiste que un poema es el lugar de las ausencias, y las palabras, la forma para señalarlas. Que el dolor no solo viene a través del pensamiento técnico, o que el borde de los árboles esconde el revés del cielo en un atardecer,
no lo sé.

Es que hay tantas cosas que la memoria oculta en su invocación que un diálogo te parece una descomposición de espejos, metáfora de un atardecer, dirías finalmente.

¿Habrás dolor más hondo que una ola enmudecida?

LA IMAGEN del exterior en la ventana
nos permite trazar sobre el vidrio una cartografía,
calcando los signos que una niña dibuja con tierra,
en el suelo que luego en la ventana pierde su horizontalidad.

Todo esto ocurre
sobre una superficie que nadie sabe por qué no cae,
por qué desaparece el lenguaje con el habla de los muertos
dejándonos una palabra como un fémur fracturado nada más,
o mosquitos sobre la piel amoratada.

Vivimos entre hijos y nietos de ladrones,
mientras los muertos, finalmente,
son un solo cuerpo señalándose a sí mismo como aquello por venir.

DESAPARECERÁN A través de su propio nombre,
pero antes de irse
antes de desaparecer,
las palabras,
dirán de una muerte por venir
llegando a un cuerpo,
a una silueta;

así es la belleza de las ruinas.

Cuestionamos las distancias,
le quitamos el rocío a los escombros
y vemos los cambios de color según avanza el frío,

en el fondo, queríamos vaciar la idea de la percepción
y volver sobre imágenes de ríos ocultando estrellas
antes de llegar al mar.

¿QUÉ TESTIMONIO guarda un objeto
si su revés se asemeja
a la espesura del agua cuando es turbia?
Es que tal vez se oculta una bala en la fuerza del sonido,
como también las palabras se ocultan en la página
dejando al cuidado de los labios
las viejas contraseñas.

¿Qué ocurrirá cuando hallemos un objeto indivisible,
un árbol que no podamos dividir en ramas o en fragmentos más pequeños?
¿Qué será de las imágenes, de las palabras,
de los pliegues anunciándose como símbolos de la caída?

¿Qué será de la melancolía de un viejo árbol
que guarda en su silueta el movimiento de los puños?

LA CORTEZA muerta de un castaño
anuncia el momento previo a una despedida
el aire tibio dibuja líneas onduladas anunciando el aguacero
en medio de la calle.

La tragedia radica allí
en los trozos de árbol muerto esparcidos en la ruta
desperdigados, como dentro de un laberinto a la intemperie,
es decir, al abandono.

No podremos entonces saber en qué momento muere un árbol
en qué momento aparecen los grilletes
cuándo muere un niño.

El fuego tiñe la superficie de la tierra que nos arrebataron
detalle que ignoramos hace un tiempo
y que ahora nos impide decir lo que vendrá.

No escribas tu escritura, *me dijeron*
porque las peleas se hacen inaudibles en la página,
por eso la tierra entre los árboles es oscura;
guarda un aullido que afuera se pierde tras el valle.
Dejemos que el dominio del tiempo sea quien hable por nosotros
como reflejo oculto al pestañar.

Será que pasaremos una vida habitando el corte, el umbral.

LAS FLORES nuevas de un almendro deben ser resumen de algo más,
como quien exhibe en su escritura el deseo de contar una historia
olvidada,

una carta quizá.

Escribe una carta nada más, *-te dijeron.*

Podrías decir en ella

que de lejos un ciprés reconoce a sus iguales,

que aquello que callamos entibia el aire de los ojos.

Podrías decir un día cualquiera,

que a veces la voz es tan callada

que no está sino para oscurecer a las luciérnagas,

que no es más que un transcurrir de días en espera de pájaros marinos,

o cierta deriva de las sombras

estética de un tiempo armado como un rompecabezas.

PAISAJE

Hemos visto al puño recuperar su aliento

EDMOND JABÈS

Y SI LA HISTORIA fue la mejor de las ficciones
no podremos olvidarla
por eso la exhibimos como herida,
como huella que señala una mano ausente.

La historia que no vemos se halla en la firma de los muros,
en las grietas húmedas de sangre
 en el silencio
 o en la música que nace a orilla de los ríos

A VECES las líneas que una novela adopta para cada uno de sus personajes
omiten la sorpresa,
porque lo importante es
la palabra que saldrá de los desechos
como herramienta oculta en la memoria.

A ella deberíamos volver
como un lobo
que vuelve con un trozo de abedul en el hocico.

NO HAY CERCANÍA en la distancia que nos une,
temblor, dedos zigzagueando a medianoche
insectos perdidos
un aullido
nubes
o flechas en la oscuridad.

Tal vez la anomalía se encuentre entre los árboles.

UN SUSURRO se destruye
y el desgarro se convierte en la metáfora de un espejo roto a varillazos.

A veces hallamos un risco en la memoria
que nos permite ver el mar
más allá de los viejos mapas.

El tiempo en que una línea se convierte en un deseo
es posible de palpar a través de aquella luz que precede a la ceniza,
que permanece en los bordes calcinados de una página
reflejando las esquirlas que un pulmón exhibe
en las palabras a medio pronunciar.

EL EXTERIOR de una ventana
es un hiperrealismo constituido por desechos
escombros sobre sí,
sobre el pavimento, en la tierra.

Recuerdas a un amigo del modo en que recuerdas una idea,
una conversación entre las sombras
recordando el día en que viste el espesor de su sangre sobre el pómulos
una cicatriz que de lejos parecía una bellota,

nunca olvidarás que su deseo de volver a casa
era la forma que tenía para decirnos
que siempre sería la orilla de una habitación,
pese a la sequía,
o al desborde de un río
que nunca pudimos encontrar.

VES LAS NUBES invertidas que el cielo acumula en los días de tormenta
albatros volando cerca de las olas,
líneas en el cuadro azul que cubre las ausencias.

La muerte es una casa derribada en forma diagonal,
cuyos cimientos fueron construidos en dirección al mar
con varillas, piedras, y todo aquello que aún nombramos,
pero que se encuentra desaparecido, cristalizado,
cubierto de líquenes, de maleza.

Por las noches la vista desde esta casa
es un cielo invertido de agua negra
humo adherido sobre ruinas.

LLEGARÁ EL día en que el río extrañe sus orillas,
las espigas caigan curvándose,
la sombra cubra el valle
y el adobe se humedezca levemente.
En ese momento verás que un puño en alto
retiene los respiros
como seña de un invierno que no ha dejado de venir.

La historia es un descenso
en busca de municiones y fracturas.

¿Qué fue de los albergues melancólicos?,
¿dónde fueron los albatros una vez perdido el rumbo?
Te preguntarás tantas cosas
sin siquiera suponer la posibilidad de una respuesta.

Siempre habrá una manera de armar nuestra distancia
pensar cómo ha sido posible separar
una cabeza de su cuerpo,
cómo el sonido de una bala es el recuerdo
que permanece aún en las ventanas.

Llegará el día y la noche para nuestros enemigos
sentiremos los latidos de la muerte
reposando en los objetos que pueblan las vitrinas
recibiendo una luz que estalla en las paredes,
un galpón de lata y vigas viejas, un lugar para extrañar nuestras ficciones.

Sostendremos piedras como un gesto de otra época.

En el fondo, no seremos niños sosteniendo una pala delante del paisaje
sabremos de las nubes, de la línea del horizonte
de los ojos entreabiertos ante la cabeza de la muerte.

Y ASÍ NOS VES, rememorando imágenes que habrían de salvarnos
musgo creciendo en las fisuras
propagándose en la mudez propia de objetos sin contorno:

las cosas que no están habitan un vocablo
hasta hacerle desaparecer.

La bruma torna incierta la línea de horizonte
y desaparece cuando la ficción del día
te lleva a coger los brotes que crecen en las grietas,
entre el musgo,
guardarlos entre las páginas de un libro para enseñárselos
a un amigo que se va,
queriendo decirle a través de unos cuantos brotes secos
-maleza nada más-
que la mudez es a ratos la forma que adopta el pensamiento;
que las fotografías siempre llegan tarde
y los viejos fantasmas vuelven desde una historia narrada a contrapelo.

ESCRIBE UN mismo poema tantas veces hasta hacerlo desaparecer,
hasta hacerte desaparecer
hasta que la luz de una vela lo termine
señalando la sombra de un guijarro
mientras tú escribes desprendido del propio relato que se oculta
en los confines de un muelle sin barandas.

ESTAR DE PIE al lado del muro es la espera que no haremos.
De cierto modo la escritura es una forma de tarjar los días
conteniendo nuestro deseo por algo que, sabemos, no vendrá.
Un grito, entretanto, escapa de las vocales que lo constituyen,
regresando a las manos pisoteadas que han de ser su lengua.

HEMOS RASGADO la noche de tanta espera, sin fotografías ni palabras
siendo nada más un extramuro.

Es fácil escribirlo
es fácil imaginar que el dibujo acabase allí,

en el desinterés que los contornos tienen sobre el cuerpo que limitan.

UN POEMA es la única forma de estar viniendo y no,
porque hay cuerpo en él, aun luego del lenguaje.

Como el rumor de los pueblos que no existen,
pero que aparecen
cuando se dice el número de muertos.

Un cadáver en cambio se asemeja a las raíces que cuelgan de los muros
formando la silueta de un río a través de la pared.

Viene y no entonces un poema,
llenándose de pliegues que señalan un camino
cercado de viejos coigües, amarillos por la ausencia de palabras
que marchita atardeceres en la arboladura.

DICES COMO queriendo convencerte -convencerme-
que escribir es agotarnos de algún modo,
dejar de sentir el ruido entre los árboles

imaginar despedidas en las olas que un río enseña para asemejarse al mar.

TE VAS DE una ciudad a otra porque no quieres entender
que la melancolía es solo eso:
perder de vista el mar y la ciudad que lo contiene.
Así, vas perdiendo el lenguaje,
luego de buscar tu lejanía
luego de tanta soledad,

imaginando el recorrido de las estrellas
que dejamos de mirar
cuando comenzamos a ser el inicio de una línea
que no se trazará sino en la distancia que generan dos orillas.

Vas como un lector en busca de un libro que no existe,
y en el viaje imaginas cómo serían sus páginas,

¿Cómo será la historia?
¿Qué será del simulacro?

RASPAS UNA piedra hasta que de ella sale un olor a pólvora;
y dibujas una escenografía con forma de caverna,
compuesta por tablas de mañío cubiertas de cal
y pequeños trozos de hojas secas
que se han ido incrustando en los espacios en que la pintura
ya se ha descascarado.

Una reja de madera puede, más allá de señalar
un adentro y un afuera
impregnarse del olor a pólvora que permanece
junto al viento que va y viene por la casa,
indicándonos en su traslado las marcas de humo en las paredes
vestigios de una escritura que una vez ardió
y tizó la habitación.

LA VELOCIDAD en que cae un árbol
es la forma que tenemos para decir
que pasará el tiempo y lo veremos en las cicatrices,
que crecen tornándose violáceas,
del color que las flores de papel adquieren cuando caen sobre el fuego.

Nos distanciamos a través de una herida
que no supimos defender,
no supimos prender fuego.

¿Cuál es el camino final
de una época de soledades?

PELEANDO CON púas en los ojos
elaboras una tacha en el adiós
que sostienes como bandera ajada
ondeándola tras el paso de los pájaros

cuántas sillas fueron volteadas a golpes
aun estando ya en el suelo
como si nunca terminasen de recibir el mismo golpe
una y otra vez,
perdiéndose
por ahí.

RECORDASTE LA historia de un ejército, una milicia,
la resistencia transparente de un hombre
que buscaba en el vuelo de las aves
la técnica que le permitía dividir el viento en dos corrientes
y esparcir así su voz entre el follaje.

DICES ADIÓS y te vas
más lejos que una piedra
te vas y nunca vuelves, porque nunca hubo lugar posible
sino un dolor enquistado en los trozos de espejo.

El rastro de una despedida se reduce al momento incierto del adiós.

Y SU MADRE lo ve ahí,
pareciera que la muerte ha sido solo una denominación
una forma de indicar el cuerpo arrojado en medio de la calle.

La madre de un hijo que no está
lo recuerda en los aviones de papel tirados en el suelo
y se vuelve sobre los juegos que compartían,
cuando dibujaban salidas de laberintos inundados
por el desborde de los ríos.

PERMANECES ENTRE los árboles
de una ciudad muerta,
llena de fracturas y cadáveres
que buscan el miedo en las palabras
que han de liberarnos.

Es que siempre buscamos un modo de volver
para darnos cuenta que lo único que permanece es
la forma en que una bala se arroja sobre el cuerpo.

MÁS ALLÁ de las palabras
la pelea que nos queda es
atar a un árbol por la sombra de sus hojas

antes que anochezca.

EL CREPÚSCULO de un árbol nos excede
las nubes bajas aún están lejos de las velas
de los gritos
que ahora recuerdo en una vieja fotocopia
de rostros vendados
de amapolas esparcidas en la arena
enhebradas por un susurro interminable.

¿Será acaso el exterior de un doblez el origen de todo lo moderno?

LA PARADOJA de la ausencia es la presencia de un ocaso
un golpe sin sonido proveniente de la tierra.

Los surcos de un camino sin guijarros
se asemejan al metal forjado que da inicio a las imágenes
a los símbolos que desean para sí
las heridas de un hermano.

Hay amapolas ondeándose a tu alrededor
incluso sobre las piedras que un amigo trajo,
para recordar, otra vez,
que la muerte es solo una de las formas de un incendio.

¿Cuántas flechas permanecen desaparecidas?

UNA PALABRA, un mundo entero podría estar contenido en un cementerio
de la misma forma en que la sombra de una lápida
tala las raíces de un ciprés.

NOCHE Y grito

son las formas en que una mano busca su ruta
hacia el propio cuerpo
transformado en un tronco lleno de cenizas.

EL DOLOR es un faro cuya luz
ilumina
balas escondidas
que aún rondan en el aire.

¿CÓMO RECONOCER las hojas de un canelo
si la bandera que lo marchita
las oculta?

NO INICIAREMOS una nueva diáspora,
buscaremos las mismas lanzas que atravesaron las vitrinas
e iniciaremos fuego donde no haya ruido
pues una idea herida se cobija al calor del pensamiento.

Puño y mano dan el mismo golpe,
pero suenan diferentes
no así el silencio que nos hermana a nuestros enemigos.

A cuántas agonías asistimos
con la niebla en torno a nuestros huesos,
despidiéndonos.

UNA VEZ MUERTOS, una vez caídos
seremos fantasmas
y nuestro tiempo, nuestro lugar
será en medio de las ruinas.

El humo se pierde en el descampado
he ahí nuestra derrota,

¿qué decir?

¿qué hacer?

Si el único rastro visible
es una canción
que ha de permanecer
cuando todo final sea el inicio de una pelea por venir.

LA AMENAZA de las sombras es la historia contada desde una lápida,
en ella somos experiencia
y el nombre, un grabado sobre mármol,
no hay sujeto,
rastros
restos
o una voz interrumpida por el río.

Bajarás la cabeza buscando un epitafio
imitando el movimiento de un martillo,
cuyo reflejo sobre el mar
no es sino lenguas de óxido ondeándose sobre una fosa.

Te quedas mirándole en silencio
porque ya no sabes si ves una lápida o un mar lleno de óxido
lugares a través de los cuales puedes desaparecer.

Recordarás entonces que es posible pensar las cosas a través de la memoria
que hay sectores del habla que podrían desaparecer sin dejar huella
como si borrásemos en un mapa los lugares a los que dejamos de volver.

UNA VEZ PASADO el tiempo asumes tu derrota
un hombre así es un laberinto
iluminado desde el fondo de la tierra
frente a una antigua baranda de concreto
cuyos balaustres se han perdido.

Del otro lado de la baranda imaginas que los hundidos nos murmuran
los ves como espaldas colgadas en un muro
como sacos de tierra en un museo, les murmuras:
la guerra es la fisura de un cristal
un cuchillo entre buganvilias
un cráneo pintado con el pigmento de pétalos caídos sobre una mesa,
un collage con fotos del oleaje describiendo parábolas inversas.

Hay un fuego que permanece en las barandas
aun cuando hayan pasado años desde su extinción
y el hollín sea solo una línea negra en la vereda.
Es así, solo basta un testigo para evitar el olvido de un incendio,
pues él sabe que cobijarse en los recuerdos es transformarse en un archivo
 en propiedad
 en sitio eriazo:
 convertirse en exterior,
en balaustre, en baranda.

Un testigo sabe, finalmente
que toda historia nace de los huesos, de una exhibición barroca
o de darnos cuenta que toda despedida

es una forma de reconocer nuestra distancia.

No podríamos describir

la forma en que el borde filoso de un espejo inicia la fisura

el trayecto que los albatros cubren sobre la silueta encorvada de los pinos,
de lejos un conjunto de opacas siluetas,

la decadencia,

pájaros durmiendo en pleno vuelo.

¿Qué es lo que se arrastra del pasado cuando se abre la herida

y las púas florecen en el mar

en el borde blanco de las olas?

¿Cuál es la pregunta que aún no sale de la boca?

LEJANÍAS

Escribir de modo tal que no te puedan tachar.

JORGE POLANCO

*EL PUENTE de los años
es ahora pura ruina.*

Amanece
y con el frío las raíces crecen invertidas
invisibles
como el ruido que los ojos ocasionan al girar
sobre un eje perdido entre las nubes.

Describe con palabras justas la forma en que una casa
va quemándose, como si sus cimientos
fuesen una hélice que dirigiera todo a un mismo centro.

Las llamas consumen lo que queda de la muerte
vaciando de formas el relato

¿Qué marcas podríamos volver a ver sin olvidar el nombre de la tierra?

LA TIERRA GUARDA la despedida de los olvidados

-herida opaca de la soledad-

en la forma en que un árbol proyecta

las líneas de sus ramas hacia el cielo

como trazos de tinta esparcidos en el aire.

Mientras, el suelo recibe la luz de los metales:

una vieja guillotina

una espada

alambres

monedas.

Y es que más temprano que tarde

llegamos al momento en que decir es olvidar la fosa

en que la voz se tiñe de violencia.

TAL VEZ TODO esto no sea sino un conjunto de presagios,
detalles

una mirada silenciada o relatos breves ocultando una experiencia:
saber cuán fría está el agua
cuánto azufre se camufló entre los incendios
o haber perdido de vista aquella luz
que resbalaba sobre las olas, crispado cielo de los muertos.

Luego de todo esto,
le dices que los cadáveres son pura huella,
y los cuerpos,
el código bajo el cual se nombra a los caídos.

¿Será una pantalla apagada acaso el nicho de una imagen?

TODA PUBLICACIÓN ha de ser clandestina cuando se huye del autor
-precipicios-

la mano que escribe es aquella que agita el velamen
en medio del naufragio.

En el fondo, lo que esta historia debiera relatar
es el modo en que las ciudades olvidan a sus puentes
que ahora vemos en los libros de la infancia,
al imaginar luciérnagas
en la luz de una linterna
dirigida hacia el esqueleto de los árboles.

Y SI UN ÁRBOL fuese la metáfora de un hombre fracturado
la poesía sería el espacio que los parias guardan para sí;
un lugar para retener una estrella negra entre las manos
rompiendo las líneas que conforman las fronteras,
o un cardo y su deseo de convertirse en amapola,

el recuerdo de un grito regresando a las manos pisoteadas,
que han de ser la lengua del encierro,
la modernidad
o la ficción de las salidas.

LLEGA LA noche
y recordamos el momento en que se perdió la voz,
que nunca fuimos pobres,
y que hay heridas en el viento.

Nos refugiaremos entonces
en una oscuridad de estrellas
cubiertas de pétalos ennegrecidos.

EL FUEGO permanece ondulándose sobre las olas
como huella inconclusa de un libro a la deriva
o ruedas invertidas sobre un piso de madera.
Piensas en todo esto, en toda la amargura acumulada en gestos
que parecen un conjunto de recursos cinematográficos,
un relato familiar interrumpido.

En fin,
el enfrentamiento verdadero es
una misma sentencia para todos:
 la ciudad haciéndonos testigo de todos los incendios
y esto solo tú lo sabes,
guardas un secreto de otro tiempo
 un juego de sonidos quizá
 o un dibujo en el cual la figura se camufla con el fondo
como advertencia de una posible desaparición.

LOS MUERTOS bajo el olivo
esperan la llegada de un barco
cuyo nombre nos recuerda la oscuridad de las ciudades

¿Qué desechos de la industria
has dejado para ti?

LOS PILARES de un puente
reposan en el cielo invertido
al que un hombre se arrojó

los contornos de un hombre
nos recuerdan
que más allá de toda transparencia
siempre hablamos de un lugar
que ha de ser algo más que una caverna.

DIME QUE vendrás y un árbol craquelado será parte de la contraseña
de adivinar el suelo donde aterriza la ceniza.

Ven y quedémonos en el humo que una barricada entrega a las siluetas
en la distancia que una bala cubre para llegar al cuerpo que la espera.
Oigamos el susurro entrecortado que exhibe cada muro.

Dime que vendrás y aprenderemos
a pelear retrocediendo para armar nuestra distancia
que la melancolía descansa en su regreso que no deja de venir,
o que tu voz nombrando heridas óseas es lo único que guarda el viento.

Mientras, una lámpara es la compañía posible
para quienes vamos muriéndonos
solos frente al espectáculo,
disfrutando de silencios.

LA MUERTE viaja en dos caballos negros
como un modo de anunciar
que la distancia entre nosotros está compuesta
de residuos fundidos en las líneas de neón que iluminan las veredas.
Los vemos esparcidos sobre la ciudad
recuerdos enquistados en un árbol;
lápidas meciéndose en el tiempo.

Armamos, otra vez, una familia con residuos
con el ruido que ocasionan las palabras sobre la ciudad
sobre el cadáver de un dios muerto de lenguaje
cuyo cuerpo permanece en el descampado, en las respuestas,
o en las zonas oscuras de una habitación
donde otros muertos estarán despidiéndole en el río
que supone el umbral quebrado del adiós:
momento en el que se unen las palabras
a través de los atajos del lenguaje:

dibujar un bote a la deriva
sería un modo de permanecer en diáspora
y ocuparnos de algo ajeno a la escritura.
Pensar por qué de noche
las letras absorben la oscuridad
ennegreciendo de a poco nuestras páginas,
anunciando a voz quebrada, las señas de la muerte
el umbral de la caída, o el umbral donde caemos.
Hablar de un lugar es el modo que tenemos

para buscar entre las hojas
en la luz rojiza de un atardecer
el fémur de un hermano,
y ver a través de su porosa opacidad
que la dimensión del tiempo varía
según el modo en que se vuelva sobre la nostalgia
 que la disposición de la escritura modela la disposición del brazo
 y, el cuerpo,
 modela la disposición de la caída;
 los objetos en cambio,
 modelan la disposición del nombre propio

del olvido.

AMAPOLAS COBIJÁNDOSE en el humo,
como quien se arrulla entre matorrales antes de buscar su lápida.
Así comienza una conversación,
pero un diálogo de muertos se inicia por la voz de quienes siguen vivos
recordando a los enemigos mediante analogías,
recurriendo a los señuelos que la memoria nos tiende
en momentos de zozobra,
o cuando en medio de la pérdida, brilla opaco el pensamiento,
zigzagueando entre las formas que la imagen adopta
para darnos a entender que todo se construye basado en las distancias
en la ausencia de sentido
en la belleza de los gestos nada más,

todo aquello que guardas
todo aquello que imaginas, no descansa en los objetos

¿a través de cuántas generaciones se puede extender una voz
sin caer en las acequias del lenguaje?

BUSCAS INCENDIOS porque es la única salida y lo sabes,
en las llamas nos acercamos a un punto en el que más allá de toda realidad,
lo que persiste es el modo en que todo lo nombrado
ha perdido relación con el lenguaje.

Quizá todo esto no sea más que un relato
debiera comenzar entonces diciendo que te fuiste
con el olor de las hojas amarillas,
mientras yo esperaba que un espejo cóncavo
en su inversión de imágenes te trajera de regreso.

Buscas incendios porque ellos son lo que luego dejarán de ser:
el estado previo a la ceniza.

Balbupear una palabra es entrar en clandestinidad,
una búsqueda de incendios desaparecidos.

UN POEMA es el inicio de una gran derrota,
triste metáfora de un fuego que fue voz antes que mutismo.

Atraviesas la mirada que los muertos guardan en su otoño,
ves las hojas arrastrándose
entre las barandas que la memoria imaginó
para contener el mar de una ciudad sin ciudadanos.
Te preguntas entonces por el viento, por qué se mueve, por qué cae;
en el fondo te preguntas por la historia de un bosque
o el origen de los tótems que han sido abandonados.
Lo que buscas es un camino para pensar en los trazos falsos de la memoria
los espacios que eran pura continuidad, los senderos,
los ramales perdidos que van creando pueblos en la sombra
o aquellos caminos de tierra adyacentes a una plaza
a la que volvemos como una forma de intentar una embestida.
Pero la memoria de la ciudad es la memoria de los ausentes:

símbolos reflejándose en espejos falsos
símbolos transparentándose a partir de viejos tótems a punto de caer
palabras entrando a cuerpos irreconocibles
travestidos de tantos golpes, corroídos por el mar que les sale
de un rincón en el cual yacen las palabras.

Rasgas un telón y sigues viendo hojas
incluso más allá de las incisiones en la corteza,
y las marcas de cal diluidas que vemos en un árbol
que ha crecido frente a tumbas olvidadas en el mar,

aquella línea de horizonte que susurradamente describe una parábola;
manteniendo el silencio en suspensión.

La disidencia al espectáculo es permanecer como un árbol,
en suspenso ante el vacío

temiendo designar el duelo,

atesorando líquenes en la corteza, en las palabras

como una forma de hacer pasar el tiempo sin olvidar

que el abismo se encuentra en el ocaso

en los últimos rayos de luz sobre las olas

en aquellas nubes oscuras, alargadas

que ocultan un cielo rojizo que desaparece.

Después de ver las nubes perdiéndose en el horizonte

nos preguntamos por aquella lejanía, por el mar,

por qué los símbolos se leen pensando en los cadáveres

en los cursos de agua intervenidos,

por qué las palabras residen en los bordes del paisaje

antes de irse con el río.

Entretanto, las cenizas van y vienen con la brisa

y la memoria vuelve de la orilla al centro

repitiendo el comportamiento del agua

luego de arrastrar piedras por el río.

Desearíamos arrojar las cenizas de un cigarro

como quien fuma con los muertos

u oculta la escritura de su sombra tras el humo.

En el fondo, extrañamos irónicamente lo perdido

la niebla entrando a la ciudad,

o los fantasmas de un espejo ausente.

EL REVÉS de una quemadura reside en una mano estéril
cuya sombra permanece encerrada
en un círculo con forma de agujero;

la silueta de un árbol se descompone
como parte de un artificio propio de las imágenes.

Pensarás entonces en las formas geométricas que se han utilizado
para describir el lugar de una pelea
la forma de llegar a un adentro
que es donde te abandonas y solamente callas,
entrecerrando los ojos brevemente
recordando los colores de la tierra al amanecer
cuando el día se inicia y la transparencia no es sino la claridad:
aparición de los contornos que desaparecen como las metáforas
cuando la tarde se percibe como aquello por venir:

los pasajes más oscuros de un tiempo sin lugar.

¿Crees reconocer las huellas de un sótano, solo con palabras?

Crees que una fotografía es un país:
palabras laceradas entrando al pensamiento,
guardadas desde la niñez, cuando no sabíamos su significado,
pero que vuelven ahora, más áridas que nunca
preguntándonos por las huellas invisibles de un alambre
o los harapos de la historia.

LA MEMORIA guarda imágenes
y un coleccionista busca
el frío tenue de las rocas que circundan a la muerte,
quizá buscamos todo aquello que habita en la derrota.

Por las noches, un coleccionista distribuye objetos por todo el laberinto.
Luego, al amanecer,
cuando el susurro de la noche va transluciéndose en palabras
se ve del modo en que un objeto es contemplado
y extraña todo aquello que dejó en cada uno de los caminos:

los cimientos de una cárcel
o el dibujo de una estrella iluminando tardíamente un agujero.

EL PUÑO se labra en las fisuras de un espejo
más aún en una época sin humo.
Lo que permanece de otros tiempos es una escritura
que aún se encuentra tibia;

momentos en que la palabra
sigue delatando las ausencias.

Al pasar los años el pensamiento adopta formas
que se doblan como un cardo,

las palabras
jamás se usaron para revertir nuestra derrota.

AQUELLO QUE la boca retiene cuando se contrae
es el secreto que nos decimos a los ojos
a través de una llanura de papel
es decir:

saber que no es posible pensar en monumentos.

UNA VOZ artificial relata fragmentos del pasado
mientras, la ira se acumula en los subterráneos de una casa,
como el despliegue de objetos al interior de una trinchera,
con fantasmas cuyo lugar es el relato.

Olvidas que el deleite por las superficies
te ata a las cavernas,
o a las ramas del lenguaje que se ocupan de ellas
a través de operaciones que palpan la mudez
aquellas zonas que ocultamos a los otros.

En el fondo
buscas superficies para saber donde encallar
evitando las bifurcaciones, nada más dejándote arrastrar,
sin imaginar la sombra del mutismo
una serie de instrucciones

o los vestigios de una letra mutilada.

EVITAS OBSERVAR

la forma en que el hormigón ha modelado la ciudad.

Qué será saberse dentro y fuera de un significado,
de un sonido

de una tarde crepitando más allá del mar.

No hay península por recorrer,
ni silencio al interior de un caja de madera.

Quién sabrá que recordar susurros es en cierto modo recordar
los nombres que hemos dado a las peleas.

CUÁNTO ALIENTO habríamos de conservar,
cuántas cosas por hacer:

imaginar las siluetas del lenguaje
las fosas con cuerpos
las señas
 los signos

la imposibilidad de no caer
los muertos,
el miedo a los enemigos

el silencio de una cuchillada
un agujero

y el susurro de una caverna entremedio de los labios.

LUCHÍN

*La Marcela sigue juntando lucas
ahora tras las rejas y Luchín ya tiene 11 años,
es el futuro del Chile mentiroso*

MARCELA UBAL

A TRAVÉS DE las luces imaginamos a un niño,
muerto con un tronco entre las manos,
buscando en un trozo de madera la aridez necesaria
para llorar y hablar a través de las heridas,
o de los sonidos que salen de los cuerpos
como despedida del idioma.

Un trozo de madera como una parte más del cuerpo
una prótesis, una coraza. Luego,
no sabes si el cuerpo es la coraza de una herida
o una grieta es la cavidad mortuoria de un espejo,
aun así, sin saberlo, un niño es para nosotros
un camino, un trozo de madera muerto en medio de la calle,
cobijándose tardíamente en el mullido pecho de una loica.

Te ves así entonces, otro otoño en busca de un castaño
intentando palpar el vuelo de las hojas
que caen como trozos de papel ensangrentado
imitando el plumaje de una loica por desaparecida.

¿QUÉ ES lo que un árbol tiene de nosotros?
¿Por qué buscamos la memoria entre los muertos?

Hace tanto frío que el temblor es lo que leemos al mirarnos,
entretanto, el rocío cubre las huellas de quien huye
a pelear su propia batalla entre las patas de un caballo,
oculto en la primavera de un árbol que respira
el aroma de una flor sin funeral.

No habrá niebla ni rocío para ocultar las grietas del concreto
y es que a veces los contornos no logran esconder
los mensajes invisibles de la historia.
Oímos, a lo lejos,
campanas doblándose en un ruido de madera hinchada,
por un niño que no sabe de su muerte.

¿Qué destierro no conlleva una suma de pedazos?

UNA FLECHA intacta
guarda en la memoria de su recorrido
el traslado que supone una parábola.

¿Qué trayecto no ha de señalar una tierra en su traslado?

*La memoria es un cajón del pensamiento, te dijo tu padre cuando niño,
e inmediato imaginaste cinco troncos de fresno
cortados en forma rectangular,
un lugar para guardar flechas
y fotocopias con retratos.*

LA CEGUERA es aquello por venir, un parpadeo
recordando el pecho abierto de una loica
o el olvido de una celda interminable.

Aún hay niños de mirada opaca en una ciudad llena de luces
que no saben cómo brindarle un espejo al cuerpo ausente,
para que intente volver a cobrar forma, aunque no lo logre
aunque no resulte más que un atasco en la escritura, un fracaso.
O una herida esparcida en el pecho, entre medio de las plumas
atada al vaivén de los vientos que golpean la ciudad,
añorando su propio invierno en el lomo de un espino.

Un diálogo de niños muertos
nos recuerda que el enemigo transformó en naturaleza muerta
el cadáver de los héroes,
que al ir narrando las historias,
se formaba un círculo lleno de aves muertas
sobre el cual se reunía la corteza de un castaño
formando una figura que hemos de completar alguna vez,
cuando volvamos sobre un rompecabezas olvidado
alentados por un torbellino de memoria.

LAS MANOS llenas de sangre
de tanto dibujar en el suelo
el camino que un pez traza
para llegar al mar y morder con sus dientes aserrados a los muertos
que lo acompañan allá abajo.

El trazado que Luchín deja en la tierra
se irá lentamente con el viento
perdiéndose entre las ramas,
entre las heridas diseñadas
por el mismo dedo que captura los simulacros de una fotografía
mientras, los mismos dedos sangrando piedras
insisten en dibujar
peces en el suelo.

A VECES los árboles retienen los sonidos
y es posible oír vidrios quebrándose,
estallando desde una profundidad que no deja de crecer,
que no podemos ignorar
y que nos hace sentir miedo,
el mismo miedo que sientes una vez
que se extiende un lenguaje metálico en la noche.

Las palabras que Luchín deja en el suelo son parte
de un idioma que es pura grieta y fisura en sus cimientos,
un silencio que nos ata,
un cobijo pedregoso.

Qué será saberse dentro y fuera de un significado
de un sonido

de una tarde crepitando más allá del mar
ojos atados a una hoja.

-NO PUEDE haber palabra que no diga del dolor.

Se dice que en tiempos sombríos como estos
basta con tomar el hacha que taló nuestro ciruelo
para ver que todo se ha quebrado,
y las olas amenazan con destruir
un lugar sin héroes,
una ciudad dibujada en un papel.

El lenguaje del pensamiento yace
junto al recuerdo de un ciruelo
cuya savia ha formado charcos de sombra,
que nos atan a un lugar.

Desde fuera esto podría describirse en forma de comedia;
un ciruelo así vive décadas a la intemperie
viendo el paso de los años en Luchín
que vive en un pueblo lleno de soldados;
en sus juegos recorría el revés arañado de un espejo.
Las imágenes de un árbol que nos vio crecer retienen
un mundo que no es nuestro
pero que buscamos revivir como un engaño:

no hay forma de abandonar las ruinas
sino dejando que ellas te abandonen.

No hay río que desborde la melancolía,

tendremos entonces que trazar las líneas desde dentro hacia fuera,
abandonar nuestro paisaje

o la forma que tenemos para revisar la historia
y ver el cableado ciudadano de otras épocas.

¿Qué palabra dejas de usar cuando ves

el agujero de un árbol desaparecido?

LA ESCENA se repite tantas veces como el regreso de una lluvia:
magnolios quebrados por el viento
advertencia de un cáncer incrustado en su corteza.

Describe lo que ves:
una brecha,
la imagen invertida de una nube
los pliegues de la historia,
una tenue oscuridad, tal vez un simulacro,
un secreto entre desconocidos.

La voz de un niño atraviesa los cristales de una puerta
y la escena no termina
nos queda entonces recoger los trozos sueltos, los detalles.
¿Puedes ver que hay cuerpos en el aire?

Un grito es apenas el contorno de las cosas,
nuestra lengua es un niño perdido sin hablar
ahogándose en la captura de su propio tiempo.

¿De quién serán ahora las huellas que dejamos en suspenso,
cuando decidimos no venir?

ANDA, *MIRALE a los ojos*, hasta que sienta el frío punzando en la pupila
mírale y que el reflejo exhiba tu propia permanencia
tu propia desaparición,
un grito tan extenso como una profunda cuchillada.

La voz que permanece entre nosotros es aquella que no tiene cuerpo
que ha de ser un espejismo
o un ruido de cadáveres.

LUCHÍN VE las estrellas tejiendo heridas con sus luces
desbaratando
la ficción de los incendios.

Sabe que bastará un árbol
y algo de maleza
para comprender el idioma enmudecido de un hombre que nos dice
que la guerra de un poema nace de la historia,
de los alambres,
del golpe de una orilla.

RECUERDAS LAS historias que tu madre te contó antes de partir
aquellas de tumbas profanadas y cadáveres con monedas en los ojos,
o la de un hombre deambulando por la península,
cada vez más lejos de la tierra.

Al pasar el tiempo las historias entraron al olvido
convirtiéndose en un naufragio tallado en un mesón,
¿qué fue de los hundidos
cuánta sal aguanta un cuerpo bajo el agua hasta que se pierde
o aparece devuelto por las olas?

La imposibilidad en el decir
olvidar el por qué de las historias
lleva una anomalía a contrapelo,
de ahí que el coleccionista entonces tome
el error como punto de partida
del modo en que una madre selecciona personajes de otra tierra.
Piensas todo esto al recordar:
se ha perdido una madre mar adentro.

Vivimos en un reguero de ceniza,
en una ciudad basada en el vacío.

Recuerdas que tu madre
te contó la historia
de un niño y un coleccionista
que vivían como enemigos silenciosos
hasta que un espejo los hizo desaparecer.

Recuerdas a tu madre
en tu padre muerto,
en el movimiento errático del cuerpo
en los pensamientos lacerados por una bala
que no cesó de atravesarnos.

Recuerdas a tu madre en los pasos de Luchín
en la historia de un desgarró.

¿QUÉ ES lo que se esclarece cuando llega el día
qué será aquello que ninguno de sus padres podrá jamás decirle?

¿Qué historia hubiese retenido Luchín
aprendiendo el nombre de las calles
o recorriendo la ciudad como quien recorre un círculo
entre multitudes desaparecidas?

APRENDER A caminar es conocer
los materiales con que construyeron la ciudad
cada recoveco, los pasajes,
para tomar atajos y esconderse
aun cuando el camino sea corto
aun cuando sea una caravana buscando el extravío.

Para conocer una ciudad tal vez baste conocer su zona imaginaria
un lugar para entrar y salir a través de ella:
un trazado oblicuo en las afueras.

Salir de una ciudad es pura pérdida,
por eso debes ver las calles con la forma de una despedida
dejarles el sentido de frontera que protegen
o buscarle la dimensión que nunca tuvo:

una piedra en pleno vuelo,
directo hacia tus manos.

Y FUE ASÍ tal vez: Luchín permaneció perplejo
ante un bajorrelieve que describía la distancia
entre una máscara y el rostro
o la distancia entre la punta de un cuchillo
y las calas que lo ocultan.

A través de los sueños vio
un tejido de mimbre extendido de una calle a otra
quemándose junto a la neblina.

En un sueño conversas con Luchín, le hablas de la ceniza,
le dices que se vuela con el viento,
que no permanece sino cuando hablas de ella nada más
y su escritura es imposible.

Como describir la herida de un zorzal, es decir,
como quedar ciego al arrojar palabras al oído.

Al pasar el tiempo Luchín recuerda la imagen de un hombre borroneado,
que va hundiéndose frente a los vocablos que sostiene. Quieras o no,
basta una pequeña filtración de luz para que una cámara oscura deje su
condición y se pierda otra fotografía; lo que ves, lo que te imaginarías
palpando: objetos perdidos de un coleccionista. Sombras de polígonos
torciéndose en el borde de la superficie donde se proyecta una silueta,
fragmentos de un río que busca la llegada al mar
como solución a una mujer doliente

que ve en las puertas quemadas la inconclusa despedida de su hijo.

AHÍ VIENE la muerte
y nos encontramos como los bordes de dos piedras antes de chocar,
al verla nos damos cuenta que fuimos
una cuerda iluminada al final de la tormenta.

Antes de cruzarse con la muerte,
un niño mide su decir
anunciando a contrapelo un lugar sin voz
como un pájaro que presiente el exceso de plumaje
y pregunta por aquellos que nos ceden sus heridas,

he ahí nuestra distancia.

Al final fuimos todo aquello que brillaba en la caída
pájaros perdidos en cualquier lugar,
con las alas perforadas
cayendo sobre un barco a punto de encallar.

¿QUÉ HAS guardado de un ocaso?

¿Qué paredón no guarda algo de sombra
de los cuerpos que permanecían quietos,
afirmando los ladrillos?

NOS QUEDAREMOS viendo todos los atardeceres,
a través de los muros de una habitación
nadie podrá cambiar eso.
Porque no hemos sido carne ni palabra sino pura soledad
esqueletos de árboles rojizos a punto de caer.

No sabemos por qué el cielo nos parece
una capa de tierra llena de amapolas.

Es así, a veces soñamos un incendio
soñamos a Luchín sin quemaduras,
a lo más con un ruido de gaviotas a lo lejos
perdiéndose en la perspectiva que se forma luego de mirar el mar
rodeando un jarrón lleno de grietas

¿Qué haremos sin cadáveres?

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a mis padres: Rafael y Beatriz. A mis hermanos: Rafael, Javier, Diego y Beatriz. A mi tía Verónica. Y en especial a mis amigos: Jorge Polanco, Antonio Rioseco, Rodrigo Morales y Julieta Marchant; y al compañero de trabajo editorial, Felipe Moncada. Por su apoyo y compañía.

EDICIONES

INCOMUNICACIONES.

RODRIGO ARROYO CASTRO. INSCRIPCIÓN Nº 220.821 ESTE LIBRO SE DISEÑÓ EN LOS TALLERES INUBICALISTAS DE CERRO ALEGRE, VALPARAÍSO. LA CORRECCIÓN DE ESTILO ESTUVO A CARGO DE ANTONIO RIOSECO ARAGÓN. FUE IMPRESO Y ENCUADERNADO EN LA IMPRENTA ANDROS, SANTIAGO EN EL MES DE SEPTIEMBRE DEL 2013. PARA SU COMPOSICIÓN SE UTILIZÓ LA TIPOGRAFÍA ADOBE GARAMOND PRO. EN LOS INTERIORES SE USÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G Y PARA LA PORTADA CARTÓN DÚPLEX RB DE 250 G CON TERMOLAMINADO OPACO. SE REALIZARON 500 EJEMPLARES.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.BLOGSPOT.COM

EDICIONESINUBICALISTAS@GMAIL.COM

FINANCIA



CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES
FONDO NACIONAL DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA
REGIÓN DE VALPARAÍSO
CONVOCATORIA 2013

